

# La importancia de un buen diagnóstico

OFELIA GUTIÉRREZ

Soy una mujer de 58 años y padezco artritis reumatoide desde hace 27. Yo era una persona sana, nunca había sufrido ningún tipo de enfermedad grave ni de especial relevancia, pero a raíz de dar a luz a mi hija mayor, cuando tenía apenas 31 años de edad, empecé a notar los primeros síntomas en el momento en el que finalizó el periodo de lactancia.

Lo primero que noté fue que los dedos índice y pulgar de la mano derecha se me inflamaban y me dolían mucho. A medida que avanzaban los días iba sintiendo como me afectaba a más articulaciones de muñecas, rodillas, pies, etc. También notaba mucha rigidez en los dedos de las manos cuando estaba en reposo y al despertar por las mañanas era incapaz de ir al baño sin ayuda.

Cada día que pasaba estaba más angustiada, pues tenía un bebé de apenas unos meses y me veía incapaz de realizar las tareas diarias básicas, como hacer un biberón o sostener a mi hija en brazos. La inflamación y el dolor eran tales que no podía abrir tarros o botellas, ni tan siquiera las pinzas de tender la ropa con los dedos.

Igualmente, si me despertaba en mitad de la noche porque sentía frío, era incapaz de coger el edredón para taparme. Mis manos estaban tan rígidas que no podía hacerlo por mí misma y tenía que despertar a mi marido para que me arropara.

Recuerdo que cuando se acercaba Navidad tuve que ir un día a la oficina de Correos para mandar un giro postal. Cuando me dispuse a rellenar el resguardo para enviar el giro, cogí el bolígrafo y apenas podía sujetarlo, no podía escribir. Lo intenté con todas mis fuerzas y, al ver que era completamente imposible para mí escribir siquiera una palabra, me derrumbé y empecé a llorar desconsoladamente allí mismo. Pensaba que lo que me estaba sucediendo era el principio

del fin, y que me iba a quedar totalmente incapacitada y dependiente para toda la vida con tan solo 31 años, mi mundo se venía abajo por momentos.

Yo vivo en Castellón, y aquí estaba yendo a la consulta de un reumatólogo que tenía bastante prestigio, pero me decía que no tenía artritis y me trataba únicamente con antiinflamatorios. Como veía que cada día estaba peor, cambié de médico y fui a otros dos reumatólogos diferentes, quienes tampoco supieron diagnosticarme la enfermedad que llevaba casi un año padeciendo y yo estaba muy desmoralizada, hasta que un día conocí a una chica que padecía artritis y tenía las manos bastante deformadas. Ella me dijo que estaba yendo a un reumatólogo de Barcelona, y que le iba muy bien porque, al igual que a mí, aquí tampoco le habían dado ninguna solución. Recuerdo que me llenó de esperanza, especialmente por lo bien que me habló del doctor, y me puse en contacto con él para ir a su consulta.

Cuando el doctor me reconoció, me dijo que tenía artritis reumatoide. Fue él quien me dio, por primera vez, el diagnóstico de mi enfermedad y así comencé con los tratamientos médicos que me asignó.

En primer lugar, empecé a tomar metrotexato en pastillas, después tuve que pasar al metrotexato en inyecciones y como no me iba muy bien empecé con los antipalúdicos (Resochin® y Dolquine®). Sin embargo, yo era una paciente un poco inusual, ya que los tratamientos con los que empezaba solo me funcionaban inicialmente y pasado un tiempo tenía que cambiar a otros tratamientos nuevos e ir probando. No obstante, a pesar de los cambios en los medicamentos que iba tomando, mi vida había cambiado mucho desde que empecé a ir a Barcelona, ya podía hacer más cosas y empezaba a encontrarme

mejor de mi enfermedad. Así, probé muchos otros medicamentos como leflunomida en comprimidos y luego pasé a las inyecciones subcutáneas de Enbrel® y Humira®.

A consecuencia de la enfermedad, estuve varios años sin trabajar y cuando mi hija tenía cuatro años me planteé tener otro hijo. Fue entonces cuando le pregunté al doctor qué pensaba de esto, y me dijo que no tendría por qué haber ningún problema, ya que durante el embarazo la enfermedad solía remitir hasta el momento de dar a luz, ya que al estar embarazada es como si el propio sistema inmunitario empezara de nuevo a funcionar con normalidad para proteger al feto. No obstante, el inconveniente de ello era que en cuanto me quedara embarazada, tendría que dejar el tratamiento que estaba tomando y, aunque aquello me daba un poco de miedo, era tan grande la confianza que tenía en mi médico que lo intenté y tuve otra hija. Eso sí, al día siguiente de nacer la niña, ya tuve que empezar de nuevo con la medicación para la artritis.

Hace 15 años empecé el tratamiento con rituximab, ya que hasta ese momento seguía teniendo el mismo problema con todos los tratamientos que iniciaba, puesto que ninguno me terminaba de hacer un efecto completamente eficaz, a pesar de haber mejorado mucho y, por fin, encontré la solución con este medicamento.

Al principio empecé a ponérmelo en Barcelona, ya que en Castellón aún no lo suministraban. Por este motivo, tuve que ir durante un tiempo allí hasta que, años más tarde, pude ser tratada con rituximab en el Hospital General de Castellón.

Durante todos estos años he estado muy bien y he podido hacer una vida con normalidad. En ocasiones, he tenido brotes propios de la enfermedad, sobre todo durante los meses de invierno, pero nunca había tenido ningún problema grave hasta este año pasado.

Normalmente, el tratamiento con rituximab lo tenía pautado cada seis meses, con la recomendación de que, si me encontraba bien, podía alargar este periodo de tiempo unos pocos meses más.

Pues bien, por diversas circunstancias ajenas a mí, pasé un año entero sin ponerme el tratamiento y cuando transcurrió un mes y medio desde que me lo volvieron a suministrar, me levanté una mañana sintiendo un fuerte dolor de garganta. Lo primero que pensé es que tendría faringitis, así que me marché a trabajar, pero el dolor iba en aumento y, curiosamente, no sentía dolor al tragar, lo cual me extrañó mucho. Al llegar la hora de comer, me encontraba muy

mal y me tuve que marchar a casa. Por la tarde empecé a sentir muchísima presión en el pecho, me costaba mucho respirar y me sentía muy fatigada. Cada vez me encontraba peor y pensé que igual tenía COVID, entonces se lo consulté a mi hermana, que es médico de familia, y le comenté lo que me ocurría y que, además de la presión en el pecho, empezaba a notar dolor en el brazo izquierdo y me dijo que me fuera a urgencias inmediatamente.

Ya en el hospital, empecé a sentir un dolor mucho más intenso en el pecho, ya no solo era presión. Tras hacerme las pruebas pertinentes por parte de los médicos de urgencias, me diagnosticaron pericarditis aguda, me pautaron aspirina y colchicina y me mandaron a casa.

Cuatro días más tarde, tuve que ir de nuevo a urgencias porque continuaba teniendo mucho dolor en el pecho y no se me pasaba, a pesar de estar tomando los medicamentos pautados. Me hicieron otra vez pruebas y analíticas, y los valores de las troponinas (los niveles de enzimas cardíacas) me salieron muy elevados. Por este motivo, tuve que ingresar en el hospital, esta vez con diagnóstico de miopericarditis. Estuve diez días ingresada y cuando me dieron finalmente el alta, los cardiólogos me dijeron que tenía que guardar reposo durante un mes y que después ya podría hacer vida normal.

Continué con el tratamiento recetado para la pericarditis, pero cuando pasó el mes estipulado por los cardiólogos no había mejorado nada, pues seguía sufriendo dolor en el pecho, en el cuello y en el brazo izquierdo. Además, durante este periodo de tiempo tuve varias crisis (sensación muy fuerte de ahogo y de dolor) que me obligaron a acudir hasta en tres ocasiones a urgencias.

Yo continuaba tomando aspirina y colchicina, pero empeoraba cada día más, hasta que una noche empecé a tener fiebre y no podía ni mantenerme en pie. Acudí nuevamente a urgencias y me tuvieron que volver a ingresar, pues la miopericarditis había empeorado de tal manera que se me había formado un derrame en el pericardio. Una vez ingresada de nuevo, los médicos empezaron a hacerme todo tipo de pruebas y, finalmente, llegaron a la conclusión de que la miopericarditis que padecía no era vírica (como supusieron en un principio), sino que se debía a que mi propia artritis había inflamado el pericardio.

Yo, hasta ese momento, no sabía que mi enfermedad podía atacar a órganos internos como el corazón y los pulmones, pensaba que únicamente atacaba a las articulaciones. En consecuencia, a partir de ese mo-

mento, los reumatólogos me cambiaron el tratamiento y, así, empecé a tomar cortisona en dosis altas, leflunomida y naproxeno, con el fin de tratar la artritis reumatoide a fondo, ya que era esta la «culpable» de la inflamación del pericardio. Permanecí ingresada 16 días y los médicos (tanto cardiólogos como reumatólogos) me comunicaron que tenía que continuar con el reposo, sin hacer ningún tipo de esfuerzo ni ejercicio durante seis meses.

El reumatólogo también me solicitó una consulta en el área de medicina preventiva, con el fin de constatar cómo me encontraba en relación con determinadas vacunas, ya que el tratamiento con rituximab debilita en gran medida el sistema inmunitario y cabía la posibilidad de contraer alguna enfermedad como la meningitis, la hepatitis y otras, por lo que me tuvieron que poner varias vacunas para prevenir estas enfermedades.

Actualmente, me acabo de poner el gotero de rituximab, además de continuar con el tratamiento por vía oral, tanto para la artritis como para la pericarditis, y estoy pendiente de hacerme otro ecocardiograma para comprobar cómo continúa la remisión de la pericarditis y si el derrame ya se ha reabsorbido por completo.

Siempre recuerdo las palabras de Arturo cuando empecé a ir a su consulta. Él me decía que no hay enfermedades, sino enfermos, y que a cada paciente le afectaba de manera distinta la enfermedad y que por ello había que ir probando tratamientos hasta dar con el adecuado para cada paciente, pero que la actitud frente a la enfermedad era muy importante. Pues bien, después de todos estos años, he de decir que estas palabras son completamente ciertas, y que, en la enfermedad, la actitud del paciente es muy importante para combatirla y seguir adelante. Durante todos estos años he pasado por momentos muy duros, no solo por los síntomas de la artritis, también por los efectos de los tratamientos y otros problemas secundarios, pero jamás he tirado la toalla y siempre he seguido adelante con muy buena actitud, lo cual creo que es lo más importante.

Nunca tendré suficientes palabras de agradecimiento para el reumatólogo de Barcelona, ya que siempre ha estado ahí todas las veces que lo he necesitado y, gracias a él, mi vida cambió por completo, cuando con 31 años sentía que iba a quedarme totalmente inválida para siempre, él me devolvió la esperanza y las ganas de continuar.